



THOMAS
HOBBS
LEVIATÁN

O LA MATERIA, FORMA Y PODER DE UNA REPÚBLICA ECLESIASTICA Y CIVIL

Traducción a cargo de ANTONIO ESCOHOTADO



DEUSTO

Leviatán

O la materia, forma y poder
de una república eclesiástica y civil

THOMAS HOBBES

Traducido por Antonio Escohotado



EDICIONES DEUSTO

© de la traducción: La emboscadura, SL
<www.laemboscadura.com>

© Editorial Planeta, S.A., 2018

© de esta edición: Centro de Libros PAPF, SLU.
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-233-2968-4
Depósito legal: B. 18.860-2018
Primera edición: septiembre de 2018
Preimpresión: Medium Preimpressió
Impreso por Cayfosa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción	9
PRIMERA PARTE: Del hombre	13
I. Del sentido	15
II. De la imaginación	17
III. De la consecuencia o serie de imaginaciones	23
IV. Del lenguaje	28
V. De la razón y la ciencia.	36
VI. De los orígenes internos de los movimientos voluntarios, llamados comúnmente pasiones, y los vocablos mediante los cuales son expresados	43
VII. De los fines o resoluciones del discurso	53
VIII. De las virtudes comúnmente llamadas intelectuales y de los defectos a ellas opuestos.	56
IX. De las diversas materias del conocimiento	66
X. Del poder, la valía, la dignidad, el honor y el merecimiento. . .	68
XI. De la diferencia de maneras.	76
XII. De la religión	83
XIII. De la condición natural del género humano, en lo que concierne a su felicidad y miseria	94
XIV. De las leyes naturales primera y segunda, y de los contratos . .	99
XV. De otras leyes de naturaleza.	109
XVI. De las personas, autores y cosas personificadas	121
SEGUNDA PARTE: De la república	125
XVII. De las causas, generación y definición de una república. . . .	127
XVIII. De los derechos de los soberanos por institución.	132
XIX. De las diferentes clases de república por institución, y de la sucesión al poder soberano.	140
XX. Del dominio paternal y despótico	150
XXI. De la libertad de los súbditos	157
XXII. De los sistemas de políticos y privados de súbditos	167

XXIII. Sobre los ministros públicos del poder soberano	178
XXIV. Sobre la nutrición y procreación de una república	183
XXV. Del consejo.	189
XXVI. De las leyes civiles.	196
XXVII. De los crímenes, eximentes y atenuantes	214
XXVIII. De las penas y las recompensas	228
XXIX. De aquellas cosas que debilitan o tienden a la disolución de una república	236
XXX. De la misión del representante soberano	246
XXXI. Del reino de Dios por naturaleza	260
TERCERA PARTE: De una república cristiana	271
XXXII. De los principios de la política cristiana	273
XXXIII. Del número, antigüedad, significado, autoridad e intérpretes de los libros de la Sagrada Escritura	278
XXXIV. Del significado de espíritu, ángel, e inspiración en los libros de la Sagrada Escritura	288
XXXV. Del significado en la Escritura de reino de Dios, santo, sagrado y sacramento	299
XXXVI. De la palabra de Dios, y de los profetas	306
XXXVII. De los milagros y su fin.	319
XXXVIII. Del significado en la Escritura de vida eterna, infierno, salvación, el mundo venidero y redención	326
XXXIX. Del significado en la Escritura de la palabra Iglesia	340
XL. De los derechos del reino de Dios en Abraham, Moisés, los sumos sacerdotes y los reyes de Judá	343
XLI. De la misión de nuestro bendito salvador	352
XLII. Del poder eclesiástico.	359
XLIII. De lo necesario para la recepción del hombre en el reino del cielo.	422
CUARTA PARTE: Del reino de las tinieblas	435
XLIV. De la tiniebla espiritual por mala interpretación de la Escritura	437
XLV. De la demonología y otras reliquias de la religión de los gentiles.	459
XLVI. De la oscuridad proveniente de vana filosofía y tradiciones fabulosas.	477
XLVII. Del beneficio que se sigue de tal tiniebla, y en quien revierte	493
Un repaso y conclusión.	503

Capítulo I

Del sentido

En cuanto a los pensamientos del hombre, los consideraré primero *singularmente*, y luego en *secuencia ordenada* o en su mutua dependencia. Singularmente son todos una *representación* o *apariencia* de alguna cualidad o de otro accidente de un cuerpo ajeno a nosotros, esto es, de aquello generalmente llamado un *objeto*. Objeto que opera sobre los ojos, los oídos y otras partes del cuerpo del hombre, y que debido a la diversidad de su operación produce una diversidad de apariencias.

El arquetipo de todos los pensamientos es lo que llamamos SENTIDO (pues no hay en la mente humana concepto que al comienzo, totalmente o por partes, no surja desde los órganos del sentido). El resto deriva de ese arquetipo.

No es muy necesario conocer la causa natural del sentido a los efectos del asunto por tratar ahora, y en otro lugar he escrito detenidamente sobre dicha cuestión. Sin embargo, para cumplir cada parte de mi actual método repetiré aquí brevemente esas consideraciones.

La causa del sentido es el cuerpo externo u objeto, que incide sobre el órgano apropiado a cada sensación de un modo inmediato, como acontece con el gusto y el olfato; o de modo mediato, como acontece en el ver, oír y oler. La presión del objeto, continuada hacia dentro hasta el cerebro y el corazón por medio de nervios y otras fibras y membranas del cuerpo, provoca allí una resistencia, contra-presión o esfuerzo del corazón para liberarse a sí mismo, que por tender hacia fuera parece ser una materia externa. Y esta *apariencia* o *fantasía* es lo que los hombres llaman *sentido*; y consiste para el ojo en una *luz* o en la *representación de un color*; para el oído, en un *sonido*; para la nariz, en un *olor*; para la lengua y el paladar, en un *sabor*, y para el resto del cuerpo, en *calor*, *frío*, *dureza*, *suavidad* y otras cualidades seme-

jantes discernidas por el *sentimiento*. Todas esas cualidades —llamadas *sensibles*— no son en el objeto que las causa sino otros tantos movimientos de la materia, mediante los cuales afecta diversamente nuestros órganos. Tampoco en nosotros, que somos presionados, hay cosa distinta que diversos movimientos (pues el movimiento nada produce sino movimiento). Pero su aparecer ante nosotros es fantasía, tanto despiertos como dormidos. Y así como el hecho de apretar, frotar y golpear el ojo crea la fantasía de una luz, o como presionar sobre el oído produce una especie de zumbido, así también los cuerpos que oímos y vemos producen lo mismo mediante su acción potente aunque ajena a la observación. Porque si esos colores y sonidos estuviesen en los cuerpos u objetos que los provocan, no podrían separarse de ellos, como sucede con los espejos y los ecos por reflexión, donde sabemos que la cosa vista se encuentra en un lugar mientras la apariencia se encuentra en otro. Y aunque a cierta distancia el propio objeto real parece investido de la fantasía que él mismo hace nacer en nosotros, el objeto es una cosa y la imagen o fantasía otra. Por lo mismo, el sentido es siempre fantasía original causada (como he dicho) por la presión o el movimiento de cosas externas sobre nuestros ojos, oídos y otros órganos ordenados a tal fin.

Pero las escuelas filosóficas de todas las universidades de la Cristiandad enseñan otra doctrina, apoyada sobre ciertos textos de Aristóteles; y dicen, para la *visión*, que la cosa vista proyecta en todas direcciones una *species visible*, un *fenómeno*, *aparición* o *aspecto visible* o un *ente visto*, cuya recepción en el ojo constituye el *ver*. Para el oído, se dice que la cosa oída proyecta una *species audible*, esto es, un *aspecto audible* o un *ente audible percibido*, que en el acto de penetrar en el oído constituye la *audición*. Y para el *entendimiento* dicen también que la cosa entendida proyecta una *species inteligible*, es decir, un *ente inteligible percibido*, que llegando al entendimiento nos hace entender. No mantengo yo esto, y desapruébo la costumbre de las universidades; pero como he de hablar más adelante de su misión en una república, conviene que os haga ver en todas las ocasiones y de paso, qué cosas podrían corregirse allí. Entre ellas está la frecuencia de discursos triviales.

Capítulo II

De la imaginación

Es una verdad indubitable para todo hombre que cuando una cosa permanece en reposo así seguirá para siempre si algo no la pone en movimiento. Pero que cuando una cosa está en movimiento así permanecerá eternamente si no es detenida por algo, resulta menos profesado, aunque la razón sea idéntica (a saber, que nada puede cambiar por sí mismo). Porque los hombres no sólo miden a otros hombres partiendo de sí mismos, sino a todas las demás cosas igualmente. Dado que tras el movimiento se encuentran afectados de dolor y cansancio, piensan que todo lo demás se hastía del movimiento y busca el reposo por propia decisión; pocos se paran a pensar en si tal deseo de reposo hallado dentro de ellos no consistirá en algún otro movimiento. Por eso dice la Escolástica que los cuerpos caen por su tendencia al descanso y para conservar su naturaleza en el lugar más adecuado para ellos; así atribuye absurdamente apetitos y un conocimiento de lo beneficioso para su conservación (facultad que ni siquiera el hombre posee), a cosas inanimadas.

Cuando un cuerpo ha sido puesto en movimiento, se mueve eternamente si alguna otra cosa no lo detiene, y aquello que lo obstaculiza, sea lo que fuere, no puede suprimir su movimiento de modo instantáneo, sino gradualmente y en el tiempo. Tal como observamos en las aguas, aunque el viento cese, las olas sólo cesan mucho tiempo después; así también acontece con el movimiento realizado en las partes internas del hombre cuando ve, sueña, etc. Pues tras haberse desplazado el objeto o cerrado el ojo, retenemos todavía una imagen de la cosa percibida, aunque no tan clara como al verla. Y a esto llamaban los latinos *imaginación*, debido a la imagen construida por el ver, y esto mismo se aplica, aunque impropriamente, a todos los demás sentidos. Pero los griegos lo llamaban *fantasía*, lo cual significa

apariencia, término tan apropiado a unos sentidos como a otros. La IMAGINACIÓN no es más que el *sentido decayendo*, y se encuentra en los hombres y en muchas otras criaturas vivientes tanto en la vigilia como durante el sueño.

Memoria

El decaer del sentido en hombres despiertos no implica el decaer del movimiento realizado en el sentido, sino un oscurecimiento suyo semejante a como la luz del Sol oscurece la luz de las estrellas, aunque las estrellas no ejerciten menos de día que de noche aquello en virtud de lo cual son visibles. Entre los muchos estímulos que nuestros ojos, oídos y otros órganos reciben de los cuerpos externos, sólo el predominante es sensible, y puesto que la luz del Sol es la predominante, no somos afectados durante el día por la acción de las estrellas. Al apartarse de nuestra vista cualquier objeto, su impresión permanece, pero como se suceden otros objetos más presentes que actúan sobre nosotros, la imaginación pasada se oscurece y debilita, como acontece con la voz de un hombre durante el tumulto diurno. De lo cual se sigue que cuanto más tiempo haya pasado entre la visión o sensación de cualquier objeto, más débil es la imaginación del mismo. Pues el continuo cambio del cuerpo humano destruye con el tiempo las partes excitadas por la sensación, con lo cual la distancia temporal y la espacial tienen idéntico efecto sobre nosotros. Así como la distancia espacial hace parecer difuso el objeto e indiscernibles sus partes más pequeñas, haciendo que las voces se debiliten y parezcan inarticuladas, así también es débil nuestra imagen del pasado tras un gran lapso de tiempo, y perdemos, por ejemplo, muchas calles específicas de ciudades conocidas, como olvidamos muchas circunstancias particulares de las acciones. A este *decaer del sentido*, como antes dije, lo llamamos *imaginación* cuando queremos expresar la cosa misma o su *fantasía*. Pero cuando queremos expresar el *decaimiento*, y decir que el sentido es viejo, pasado y se desvanece, hablamos de *memoria*. Por lo cual imaginación y memoria son una sola y misma cosa, que por diversas razones tiene nombres diversos.

Se llama *experiencia* a una gran cantidad de memoria o al recuerdo de muchas cosas. Por su parte, la imaginación se refiere exclusivamente a las cosas que han sido antes percibidas por el sentido, bien de una vez en su totalidad o bien por partes en distintos momentos. La primera (que implica el acto de imaginar la totalidad del objeto tal como fue presentado al sentido) es *simple imaginación*, como cuando imaginamos un hombre o un caballo antes vistos. La otra es *compuesta*, como cuando por la visión de un hombre en un momento

y de un caballo en otro, formamos en nuestra mente un centauro. Cuando un hombre compone la imagen de su propia persona a partir de la imagen de las acciones de otro hombre, como en los individuos que se imaginan ser un Hércules o un Alejandro (cosa frecuente en los aficionados afectos a la lectura de relatos), se trata de una imaginación compuesta que, en sentido propio, no es sino una ficción de la mente. Hay también otras imaginaciones que brotan en los hombres (incluso despiertos) por la gran impresión causada sobre el sentido. Así, el hecho de mirar el Sol hace que su impresión permanezca largo tiempo después ante nuestros ojos, y, tras prestar una prolongada e intensa atención a figuras geométricas, un hombre tendrá en la oscuridad (incluso despierto) las imágenes de líneas y ángulos ante los ojos, fantasía ésta carente de nombre específico por ser algo que no entra frecuentemente en el discurso de los hombres.

Las imaginaciones de los durmientes son aquello que denominamos *sueños*. Y también ellas (como todas las demás imaginaciones) han estado antes en su totalidad o por partes en el sentido. Y puesto que el cerebro y los nervios, que son los órganos necesarios del sentido, están en el durmiente paralizados prácticamente en cuanto a las posibles excitaciones debidas a la acción de objetos externos no puede haber allí imaginación; en consecuencia, tampoco puede haber sueños, salvo los procedentes de la agitación de las partes internas del cuerpo humano. Dada la conexión que tienen con el cerebro y otros órganos, esas partes internas los mantienen en movimiento cuando son alteradas, con lo cual las imaginaciones hechas allí antes aparecen como si el hombre estuviese despierto, salvo por el hecho de que estando ahora paralizados los órganos del sentido y no existiendo ningún nuevo objeto capaz de dominarlos y oscurecerlos con una impresión más vigorosa, en este silencio del sentido, un sueño debe necesariamente ser más claro que nuestros pensamientos en estado de vigilia. Por eso viene a suceder que sea asunto arduo, considerado imposible por muchos, el de distinguir exactamente entre sentido y sueño. Por mi parte, cuando considero que en los sueños no pienso a menudo ni constantemente en las mismas personas, lugares, objetos y acciones que en la vigilia, ni recuerdo tanto una secuencia de pensamientos coherentes mientras sueño como en otros momentos; y dado que en la vigilia puedo observar con frecuencia lo absurdo de los sueños, pero nunca soñar los absurdos de mis pensamientos despierto, me basta saber que no sueño cuando estoy despierto aunque cuando sueño me considero despierto.

Sueños

Y viendo que los sueños son provocados por la alteración de alguna de las partes internas del cuerpo, distintas alteraciones deben necesariamente provocar sueños diferentes. Y así sucede que sentir frío mientras se duerme engendra sueños de temor y despierta el pensamiento y la imagen de algún objeto temible (siendo recíproco el movimiento desde el cerebro a las partes internas y desde las partes internas al cerebro). Tal como la ira provoca un incremento de temperatura en ciertas partes del cuerpo cuando estamos despiertos, así sucede que cuando dormimos, un calentamiento infrecuente de las mismas partes provoca ira y despierta en el cerebro la imagen de enemigo. Del mismo modo, tal como algo naturalmente amable nos causa despiertos deseos, y el deseo produce calor en ciertas partes del cuerpo, así también calor excesivo en tales partes mientras dormimos despierta en el cerebro la imagen de alguna cosa amable. En resumen, nuestros sueños son el reverso de nuestras imaginaciones en estado de vigilia; cuando estamos despiertos el movimiento comienza en uno de los extremos; cuando soñamos, en el otro.

*Apariciones
o visiones*

La máxima dificultad para diferenciar entre el sueño del hombre y sus pensamientos en estado de vigilia, se produce cuando por algún accidente no observamos que hemos dormido, cosa fácil para un hombre lleno de terroríficos pensamientos y con la conciencia trastornada, que sueña estar yéndose a la cama o desnudándose sin que se cumplan tales circunstancias, como quien da cabezadas en una silla. Porque quien se toma el trabajo de ponerse concienzudamente a dormir, no podrá fácilmente considerar ninguna fantasía anormal y exorbitante como cosa distinta de un sueño. Se dice que Marco Bruto (alguien que debía su vida a Julio César, y que fue también su favorito, a pesar de lo cual le asesinó), estando en Philippos la noche antes de presentar batalla a Augusto, vio una terrorífica aparición, mencionada generalmente por los historiadores como una visión. Pero considerando las circunstancias, podemos fácilmente considerar que sólo fue un breve sueño. Pues sentado en su tienda, pensativo y preocupado por el horror de su impetuoso acto, no le sería difícil, dormitando con frío, soñar con lo que más le aterraba. Como ese miedo le despertaba gradualmente, también hacía desvanecerse de modo gradual la aparición, y al no tener la certeza de haber dormido, carecía de causa para considerarla un sueño o cosa distinta de una visión. Y este accidente no es muy raro, pues incluso quienes están perfectamente despiertos se ven sujetos a fantasías semejantes, y creen ver espíritus y fantasmas de difuntos caminando por cementerios cuan-

do son personas timoratas y supersticiosas, dominadas por leyendas terroríficas, y se encuentran solas en la oscuridad; en tales casos se trata únicamente de su fantasía, o de la malicia de algunas personas que utilizan ese miedo supersticioso para, disfrazadas en la noche, rondar lugares donde no se supone que están.

De esta ignorancia para distinguir los sueños y otras fantasías poderosas de la visión y el sentido, surgieron la mayor parte de las religiones de los gentiles en el pasado, donde se veneraban sátiros, faunos, ninfas y criaturas semejantes. Y también la opinión actual que el pueblo inculto tiene sobre hadas, fantasmas y duendes, y sobre el poder de las brujas. Pues, por lo que respecta a las brujas, no creo que su brujería tenga ningún poder real, pero sí que son justamente castigadas por la falsa creencia que tienen de poder hacer tal maleficio, unida a su propósito de consumarlo si fuera el caso: su comercio aproxima más a una nueva religión que a un arte o a una ciencia. Y en cuanto a las hadas y fantasmas deambulantes, la opinión acerca de ellos ha sido difundida a propósito o no ha sido refutada, según creo, para mantener el valor del exorcismo, las cruces, el agua bendita y otras invenciones semejantes de hombres supersticiosos. Por supuesto, es indudable que Dios puede realizar apariciones no naturales. Pero no es artículo de fe cristiana que lo haga tan a menudo como temen los hombres tales cosas, y más de lo que temen la detención o el cambio en el curso de la Naturaleza, que también puede Él detener y cambiar. Pero bajo el pretexto de que Dios puede hacer cualquier cosa, algunos malvados tienen la audacia de decir también cualquier cosa cuando sirve a su conveniencia, aunque la consideren falsa; y corresponde a un hombre sabio no creerles más allá de lo que parece sensato con arreglo a recta razón. Si se suprimiese este miedo supersticioso a los espíritus y, junto con él, los pronósticos a partir de sueños, las falsas profecías y muchas otras cosas dependientes de ello, mediante las cuales personas astutamente ambiciosas abusan de la simpleza popular, los hombres estarían mucho mejor preparados de lo que están para la obediencia.

Y ésta debiera ser la tarea de las escuelas; pero alimentan más bien tal doctrina, pues enseñan lo recibido (desconociendo qué son la imaginación y los sentidos). Algunos afirman que las imaginaciones nacen de sí mismas y carecen de causa; otros que brotan por lo general de la voluntad, y que los buenos pensamientos son sopladados (inspirados) a un hombre por Dios mientras los pensamientos malignos se deben al diablo, o que los buenos pensamientos son infundidos

en el hombre por Dios y los malos por el diablo. Algunos dicen que los sentidos reciben la *species* de las cosas y la entregan al sentido común, pasándola el sentido común a la fantasía, y la fantasía a la memoria, y la memoria al juicio, como un tráfico de cosas de uno a otro, con muchas palabras y ninguna comprensión.

Entendi-
miento

La imaginación que brota en un hombre (o cualquier otra criatura dotada con la facultad de imaginar) mediante palabras u otros signos voluntarios, es lo que llamamos generalmente *entendimiento*, y es común al hombre y al animal. Porque un perro comprenderá por costumbre la llamada o la furiosa reprimenda de su dueño; y así sucederá con muchos otros animales. El entendimiento peculiar al hombre no es sólo comprensión de su voluntad, sino de sus concepciones y pensamientos por la sucesión y estructura de los nombres de cosas en afirmaciones, negaciones y otras formas de discurso; de este tipo de entendimiento hablaré más adelante.